

3.^a La infección de la lesión uterina puede ser muy precoz, apareciendo antes de las veinticuatro horas del intento de la provocación del aborto.

4.^a La herida uterina y la infección por ella engendrada pueden curar sin que se despierten dolores uterinos que expulsen el contenido ovular.

5.^a En los dos casos observados por nosotros, y esto nos parece debe ser regla general, la vitalidad del huevo no resistió a la tempestad infectiva, pero su expulsión puede tardar largo tiempo, cincuenta días en uno de los casos observados por nosotros.

DISCUSIÓN

El doctor SALVAT ESPASA dice: Que en la actualidad no se presentan con tanta frecuencia las complicaciones graves que se observaban años atrás, debido seguramente a que se guardan con más rigor las condiciones de asepsia; desgraciadamente, esta ventaja contribuirá en las causas de mayor frecuencia de esta práctica criminal. De un modo general influyen en la gravedad y frecuencia de las complicaciones la época del embarazo, distinguiéndose por ser más hemorrágicas que infecciosas durante el primer mes, siendo más frecuentes las infecciones cuanto más adelantado está el embarazo. Es muy difícil sentar reglas absolutas respecto a la conveniencia o abstención de la intervención, tratándose de un aborto provocado. Ante los síntomas evidentes de infección, no puede menos de pensarse en un recurso tan poderoso como el vaciado uterino en los cuidados que requiere en este caso y como procedió el disertante en la segunda enferma. Por lo que hace referencia al estado del cuello uterino y especialmente a su permeabilidad, no he podido observar ninguna característica que constituya un síntoma para distinguir el aborto espontáneo del provocado.

El P. PUJIULA: Felicita al doctor Proubasta por los nuevos datos aportados sobre el aborto provocado, de los cuales saca el P. Pujiula que el aborto provocado lleva consigo gravísimo daño a la madre, que se puede considerar como castigo del crimen cometido cuando se provoca el aborto, lo cual se ha de hacer resaltar para combatir seriamente ese crimen, que cunde horrosamente.

Sesión del 26 de abril de 1924

Presidencia del DOCTOR RIBAS Y PERDIGÓ

Necrología del doctor D. Carlos Calleja y Borja-Tarrius

Por el ACADÉMICO R. P. JAIME PUJIULA, S. J.

EXCMO. SEÑOR PRESIDENTE,
ILUSTRES SEÑORES ACADÉMICOS,
SEÑORAS Y SEÑORES:

Al designarme, Señores Académicos, para hacer la necrología de nuestro querido compañero y consocio el doctor Carlos Calleja y Borja-Tarrius, a vueltas del honor que sin merecerlo me dispensasteis y que yo os agradezco con toda sinceridad, me pusisteis en un verdadero compromiso. Porque aunque no me falte ni el suficiente conocimiento histórico de la persona que he de encomiar, ni el sentimiento íntimo que debe compenetrar el alma del necrólogo, máxime hablando en presencia de aquellas personas que por razón de su amistad, afinidad o parentesco vivían hechas una cosa con el difunto; todavía el temor de no salir airoso en mi cometido ni satisfacer a la expectación, me cohibe y

angustia, sobre todo tratándose del doctor Calleja, cuyos relevantes méritos son tantos que, al tener que resumirlos, no sé ni por dónde empiece ni dónde acabe, ni que escoja ni que deje de escoger.

En las horas de soledad y concentración de espíritu he acatado y adorado con profundo silencio los inescrutables designios de la divina Providencia, dejando que bajen al sepulcro, en lo mejor de sus días, hombres de gran talento, de quienes con mucha razón podía esperar la ciencia la solución de grandes problemas, si Dios les alargara un poco más la vida, ya que en el corto tiempo de su existencia se levantan muchos codos por encima aun de muchos de aquellos a quienes las canas cubren su cabeza. Por uno de estos hombres privilegiados considero al doctor Calleja, a quien mi espíritu ha comparado a un gigantesco y copudo árbol, lleno ya de sazonados frutos, sabrosísimos y provechosísimos a los ávidos de saber, con sus ramas siempre pujantes, recubiertas de vistosas flores, esperanza cierta de nuevos frutos, y pobladas de yemas que han de originar nuevas y nuevas ramas sin fin: al que los furiosos vendavales de la tribulación y acontecimientos adversos han logrado batir primero y luego arrancar de cuajo, sin dejarnos otro consuelo que el de recoger presurosos los frutos que aun pendían de sus ramas. Tal es, señores, la imagen que mi alma se forjó del doctor Calleja; y no dudo de que, si hubiese vivido más tiempo, con los bríos y la actividad científica de un hombre de su talla hubiese aventajado a la mayor parte de los histólogos que hoy hinchen el mundo con su fama. Porque difícilmente se hallará un hombre en quien concurriesen tanta disposición y dotes naturales por una parte y por otra tanta laboriosidad como en el doctor Calleja.

Nacido en Madrid el 15 de mayo de 1872, es el encanto de sus padres, don José y doña Luisa, y de toda su familia, por la cual sintió siempre el doctor Calleja un singular atractivo, una especie de culto con que alimentaba y fortalecía su espíritu y en el que únicamente encontraba gusto y placer. Su decidida vocación a la ciencia y a la investigación, hace que emprenda con brío los estudios del bachillerato en 1882, cuando sólo contaba 10 años de edad, en el Instituto del Cardenal Cisneros, con tanta aplicación y aprovechamiento que obtuvo matrícula de honor en todas las asignaturas. Apenas bachiller, estudiando el año de preparatoria de Medicina, en colaboración con otros salen al público los primeros frutos de su laboriosidad con el *Vademécum del aspirante a ingreso en la Escuela Superior de Comercio*, verdadera enciclopedia respecto de lo que se exigía a la sazón a los estudiantes de comercio.

Con igual resultado le veremos luego hacer la carrera de Medicina; pero, antes de pasar adelante, oíd un rasgo que nos pinta de cuerpo entero el corazón piadoso y magnánimo del niño Carlos. A los 12 años pierde su padre, y viendo la consternación de su madre, se le echa en brazos y la consuela, diciendo que él cuidaría y sostendría la familia, sintiendo en sí fuerzas de gigante para sacrificarse por todos y llevar a todos sobre sus hombros.

A los 16 años emprende la carrera de Medicina, y ya en el año de preparación se distingue entre sus condicípulos; tal es la singularidad de sus dotes, que la España Escolar se honra con su retrato en la portada como de un hombre extraordinario. Aquí como en el bachillerato, las matrículas de honor son tantas como las asignaturas; y el premio extraordinario de la licenciatura y doctorado coronan sus estudios, siéndole además adjudicado por sus méritos el premio Fourquet. No contento con esto y siendo ya catedrático de esta Universidad, llevado de su amor al estudio emprende la carrera de Ciencias Naturales, llena asimismo de sobresalientes y premios, y quedando inscrito en el cuadro de honor de la Universidad.

Pero vengamos ya al hombre investigador, carácter que es el que le ha dado más celebridad en el mundo de los sabios. Tuvo el doctor Calleja la buena fortuna de estar al lado del gran maestro de Histología, el doctor Cajal, y bajo su nombre y amparo hizo, aun siendo estudiante (1893) aquel célebre trabajo científico sobre la *región olfatoria del cerebro de urodolos y mamíferos*, de tanto mérito que por él solo se puso el doctor Calleja a la altura de los grandes histólogos del más difícil de los sistemas, del sistema nervioso; y a partir de esta época, podemos decir que los trabajos y publicaciones científicas del doctor Calleja se suceden sin interrupción.

En la tesis del doctorado (1895), titulada *Histogénesis de los centros nerviosos*, tenemos un verdadero tratado en que el autor no sólo resume admirablemente los hechos, hasta la fecha observados por tanto histólogo como florecía entonces, sino que acrecienta su mérito y enriquece la ciencia, aportando nuevos datos, fruto de su investigación personal.

El trabajo *Contribución al estudio de la Histología comparada de la fovea centralis de la retina*, presentado al XIV Congreso internacional de Medicina, aparte de ser una revisión de la existencia o ausencia, perfección y desarrollo de dicha *fovea centralis* en la serie animal, vertebrados e invertebrados, aumenta el tesoro científico con nuevas observaciones o descubrimientos, incluso alguno que nadie hasta Calleja había podido descubrir ni aun el mismo Cajal; y arroja nueva luz para la feliz interpretación fisiológica de los *conos* y *bastoncitos*.

Otro trabajo que dió mucha celebridad al doctor Calleja fué el estudio de la *distribución de las células cebadas o de Ehrlich en el organismo* (1918), donde con el desahogo del maestro revisa la serie animal, buscando primero el origen y luego la distribución de estas células, esto es, examinando cada

órgano; pone de relieve la riqueza, pobreza o carencia de estas células, con el fin de colegir de aquí su significación fisiológica y otras conclusiones que pueden interesar al clínico. Por lo que toca a la Patología, es notable el trabajo publicado en la revista *Laboratorio* (junio de 1918) con el título *El estroma de las neoplasias, su importancia pronóstica*, en el que abre paso a una nueva teoría sobre el papel defensivo de dicho estroma.

No es mi intento cansaros, exponiendo o citando otros numerosos trabajos del doctor Calleja, unos exclusivos de él y otros en colaboración con algún compañero, como el titulado *Contribución al poder patógeno del Bacillus lactis aerogenus*, llevado a cabo en colaboración con el doctor Sirvent, su inseparable auxiliar desde su venida a Barcelona:

Paso, pues, por alto muchos otros trabajos, aunque tan buenos, para decir dos palabras sobre los métodos de investigación, arma poderosa con que el biólogo rinde, por decirlo así, la Naturaleza, obligándola a descubrir sus secretos. No hay investigador que, o no haya creado métodos propios, o por lo menos no haya modificado los ajenos. No le falta tampoco a nuestro Doctor esta gloria. El método de la triple coloración que lleva su nombre, le ha dado, en el mismo extranjero, gran reputación y se ha incluido en el que podríamos llamar *Vademécum de técnica microscópica* de los alemanes Böhm y Oppel. Aparte la triple o múltiple coloración que da a los cortes histológicos, es el método de la triple coloración de Calleja muy recomendable por su selectividad para el tejido conjuntivo, el cual se tiñe, por este método, de un azul intenso.

Al doctor Calleja se debe también la modificación del método de impregnación del sistema nervioso ideado por Cox, acelerando no poco el tiempo de la impregnación por medio del calor; y el método del empleo de la acetona para acortar el tiempo de la inclusión en parafina.

Lo dicho basta para formarnos algún concepto del doctor Calleja como investigador. Veámosle ahora como maestro y pedagogo.

Una cosa es saber para sí y otra saber para otros. El don de saber enseñar y comunicar a otros los propios conceptos, no está repartido por igual entre los hombres, y desde luego no corre parejas con el talento de la investigación y estudio. Hombres hay que admiran por su saber; y, sin embargo, no llegan ni a una modesta medianía en el arte de enseñar. No fué así el doctor Calleja; antes sería muy difícil decidir qué es lo que fué más grande en él, si el arte de investigar y profundizar las cuestiones, o el arte de la pedagogía. Desde luego sintió siempre el doctor Calleja especial predilección por la enseñanza y a la enseñanza dedicó sus mejores tiempos. Aun antes de ganar la cátedra en Barcelona, ya le vemos auxiliar de Terapéutica en Madrid. A los 24 años de edad, antes de la competente para regentar una cátedra, gana por oposición la de Histología normal y Anatomía patológica (1896) de la Facultad de Medicina de esta Universidad, y más tarde los claustros de las Facultades de Filosofía y Letras, y de Ciencias de esta misma Universidad le proponen, por ver en él especiales aptitudes para la enseñanza, para ocupar la cátedra de Psicología experimental. El arte de enseñar presupone, ante todo, una firmísima convicción que debe tener el catedrático de su elevada misión y una voluntad resuelta para arrostrar y allanar todas las dificultades, que salen al paso y sobrellevar los grandes sacrificios, que impone la formación de los jóvenes que la Divina Providencia le ha confiado. Entiendo, además, que no es buen pedagogo el que no sabe ganarse las voluntades de sus discípulos y hacer que éstos le aprecien y quieran, respetándole no tanto por el rigor y la distancia, cuanto por la aproximación, por el amor y por el interés que por ellos se toma. Y en esta parte era el doctor Calleja un modelo. Basta oír cómo hablaba de él uno de sus discípulos:

«Yo no he conocido, dice, al doctor Calleja en sus mejores tiempos, cuando lleno de salud y rebotante de entusiasmos científico regía las cátedras de Histología y Anatomía patológica que el eximio doctor Ramón y Cajal ocupó un día. Fué mi profesor cuando ya sus energías habían comenzado a ser minadas por artera dolencia; y sin embargo, a poco de tratar conocimiento con él, vislumbré en seguida al verdadero maestro, al sabio profesor que busca con tesón, y al fin consigue, la convivencia espiritual con el alumno. No me engañé. Los años transcurridos desde entonces y una espontánea y buena amistad que nació en entrambos, me convenció de ello, permitiéndome además justipreciar su gran valía» (1). El amor y simpatía de los discípulos que había salido captarse el doctor Calleja se manifestó de un modo franco y espontáneo en su misma muerte, disputándose sus discípulos el honor de llevar su cadáver.

Cuando se trata de ciencias positivas, es auxiliar indispensable de la enseñanza la existencia de buenos Laboratorios o gabinetes. De conformidad con esto, instala el doctor Calleja el Laboratorio de Histología de la Facultad de Medicina, que es el mejor, o uno de los mejores que tiene la enseñanza oficial en España. Más aun: no contento con lo de la Facultad, se hace maestro de algunos Padres de la Compañía de Jesús y les instala el primer Laboratorio de Biología que hubo en el Colegio de Sarriá;

(1) Así expresaba el ahora doctor don Juan Vázquez Saus. (*La Vanguardia*, día 14 de marzo de 1923.)

lo cual quiero hacer constar aquí, estimándolo como un deber de gratitud hacia el Doctor, cuya necrología estoy tejiendo.

Por lo que atañe a libros de enseñanza, dejando a un lado la traducción del libro del histólogo francés Berdal, debida a la pluma de nuestro Doctor y a la que enriqueció con técnica histológica propia, le sorprendió la muerte en medio de la publicación de su obra de Histología.

Rodeado de tanto prestigio, se comprende que se pensase en él para hacerle Secretario General de la Universidad de Barcelona, cargo que desempeñó con gran satisfacción de todos desde 1902, primero como sustituto y luego por nombramiento especial, acreditándose de hombre de gobierno. Se comprende también que se le señalase para representar a España en Congresos internacionales y que los histólogos más famosos de Europa se preciasen de su amistad y le invitasen a los Congresos, brindándole con algún tema señalado, como he tenido ocasión de ver en una hermosa carta que le dirigió el célebre Lenossek, cuando el Congreso Internacional de Budapest.

Cuanto a nuestra España, todas las Corporaciones científicas se tenían por muy honradas de contarle entre sus adeptos. El 6 de julio de 1899 es recibido en esta Real Academia de Medicina y Cirugía, desarrollando en el discurso de entrada el interesantísimo tema de la *morfología y fisiología celular*. En abril de 1913 lo es igualmente en la Real Academia de Ciencias y Artes de esta misma ciudad condal, versando su discurso sobre el valor científico de los actuales procedimientos de investigación en Psicología Experimental. El hecho de que otros académicos electos le buscasen para que les sirviera de introductor y padrino en dichas Academias, es otro argumento del aprecio y gran estima en que se le tenía. El 5 de marzo de 1901 apadrinó al doctor Puigpíqué en su recepción en esta Real Academia, contestando al notabilísimo discurso del recipiendario sobre *corrientes terapéuticas*. En 1903 hace otro tanto con el doctor Rivas Mateos, y en 5 de junio de 1921 con el doctor Sacanella, comentando el excelente discurso de éste sobre la participación de los modernos cirujanos en la evolución de la Anatomía. Lo propio sucede respecto de la Real Academia de Ciencias y Artes: porque en abril de 1916 introduce en ella al doctor San Miguel y en abril del 1920 al eximio médico electricista doctor Civera. «¹⁰

En fin, para no abusar de vuestra paciencia, termino esta serie de hechos sobre el doctor Calleja con el muy significativo de habersele designado para el discurso de la sesión inaugural de la junta de Ciencias Naturales de Barcelona (28 de abril de 1917). En este discurso se acrecienta la figura del doctor Calleja, tomando proporciones gigantescas y mostrándose no ya sólo científico, sino también gran filósofo, interpretando admirablemente la Naturaleza y sus altas leyes, y deduciendo de aquí reglas prácticas de educación y moralidad, y demostrando que la Naturaleza, bien entendida e interpretada, es un gran libro, escrito por el dedo de Dios para enseñar a los hombres. Al leer este discurso me parecía, señores, asistir a las lecciones de algún Santo Padre de la Iglesia; pues apenas concibo posible que se pudiera raciocinar mejor y de un modo más elevado sobre las criaturas y la Creación.

Señores, he de poner fin a mi tarea, no porque me falte que decir sobre nuestro malogrado consocio, ni porque mi espíritu se de ya por satisfecho, sino porque no os quiero mortificar más con mi tosco lenguaje, pues ya sabemos que aun los más regalados manjares, mal preparados y servidos, no pueden menos de causar hastío.

Quiero terminar, pues, señores, recordándoos que hay hombres que no mueren; porque, aunque nos abandone su cuerpo, persiste su espíritu, persiste el fruto de su actividad, persisten sus obras, vivos maestros que siguen enseñando e influyendo en presentes y futuras generaciones. No carece tampoco de esta prerrogativa nuestro querido compañero el doctor Calleja, como se colige bien de cuanto llevamos dicho en este discurso. Y sirva esto de particular consuelo a todos y a cada uno en particular de su querida familia, lastimada en lo más íntimo del corazón por pérdida tan sensible; sirva también de consuelo a nuestra misma Real Corporación, que supo escoger y llamar a su seno a hombres que la honran, aun después de muertos; y ahora, hagamos votos al cielo para que no sólo persista entre nosotros la llama de su espíritu, alimentada con el fruto de su labor científica y perfumada con sus virtudes, tanto del doctor Calleja como de otros queridísimos consocios, que la desapiadada muerte nos arrebatara, sino que también vivan todos y nos esperen en aquella patria feliz, donde el entendimiento contempla en su misma fuente y origen la verdad, sin fatigas ni cansancios, ni penumbra de dudas ni estruendo de opiniones y escuelas; y donde el corazón posee sin ansias ni recelos, sin tumultos ni pasiones, quieto y sosegado, el infinito amor.

HE DICHO